
por
**RAMIRO
CRISTOBAL**



GUILLERMO

por

GUILLERMO

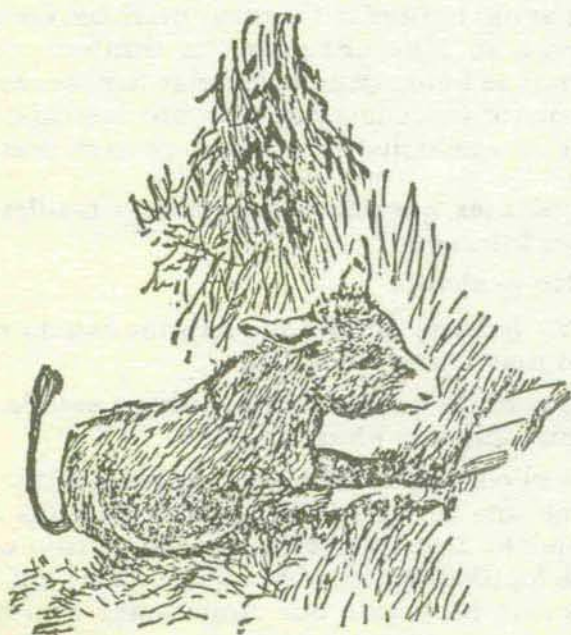
GUILLERMO tiene muy buen concepto de sí mismo. Entendámonos. No es que se engañe sobre su aspecto físico y sobre sus dotes mentales; sabe de sobra —porque gusta de mirarse al espejo— que es feo, desgredado, ceñudo y que, permanentemente, lleva las ropas desgarradas y cubiertas de barro. No es raro, además, que luzca unos bigotes, pintados con corcho quemado, o un parche en el ojo, tal y como piensa que debía andar por la cubierta de su barco el mismísimo capitán Kid. No, claro está que sabe muy bien todo esto, lo que ocurre es que en su particular y gallardo sistema de valores, así es precisamente como debe presentarse en público el indiscutido jefe de proscritos de la localidad. Es decir, él mismo.

YA se definió en un inolvidable día de rebel-
 día, cuando decidió no pisar más el
 odiado colegio: «Seamos proscritos, seamos
 proscritos de *verdad*. Vayámonos a un bosque
 donde nadie pueda encontrarnos y vivamos de
 moras, raíces y cosas, y si salen a buscarnos,
 nos subiremos a los árboles y nos esconde-
 mos, o huiremos o tiraremos contra ellos con
 arcos y flechas. Vayámonos a vivir toda la vida
 como proscritos».

Guillermo es, como podrá apreciarse, un
 hombre de tradiciones arraigadas. Su huida al
 bosque es la de Robin Hood; su propósito de
 resistencia el mismo del gran rebelde contra la
 tiranía de Juan SinTierra.

Junto a él, Pelirrojo, su lugarteniente, simbo-
 liza la astucia, el amor a la letra de avisgado
 leguleyo; cuando se plantea el entrar o no a la
 escuela Pelirrojo proporciona la siguiente su-
 til argumentación: «Parece *mal* ir, cuando, en
 realidad, creemos que no debemos entrar. Siempre
 nos están diciendo que no hagamos
 las cosas que nuestra conciencia nos dice que
 no hagamos. Bueno, pues mi conciencia me
 dice que no vaya al colegio esta tarde. Mi con-
 ciencia me dice que es mi deber salir a respirar
 el aire y ponerme sano. Mi conciencia...».

Por lo demás, Pelirrojo y el resto de los proscritos,
 Douglas y Enrique, son casi tan valientes
 como su jefe. Y le pisan los talones en lo que se
 refiere al resto de cualidades físicas y mentales,
 por así decirlo. Hay entre ellos tan sólo una
 barrera invisible que separa a un soldado va-
 liente de un estratega genial, a un estudiante



...vieron al que, aparentemente era don Galileo, metamorfoseado en burro.



Guillermo se había puesto en facha ante su congregación de vacas.

voluntarioso y de buena disposición, del gran maestro. Por eso Guillermo es el jefe y predomina, en el grupo, su concepto romántico y caballeresco de la vida.

EL MUNDO ALREDEDOR

Al lector avisado no le habrá pasado por alto que Guillermo dice «tiraremos contra ellos...». Ese «ellos» es una referencia fundamental en su vida; en ese pronombre están incluidos todos los adultos conocidos y desconocidos, habidos y por haber. Si el joven Brown hubiera conocido a Sartre (cosa que, dicho sea en honor a la verdad, no le hizo ni pajolera falta) seguramente habría simpatizado con aquello de «el infierno son los otros», porque sin recurrir a terminología filosófica, Guillermo parte de este mismo punto. Claro está que sus conclusiones son muy distintas a las de los existencialistas, porque, para él, la vida no es una náusea, sino, por el contrario, un vivero de emociones y aventuras que sería tonto desperdiciar.

Lo de que el mundo es ancho, ajeno y hostil, por añadidura, es algo asumido y, probablemente, alegremente admitido. Hay toda una variada gama de proletarios locales que viven un odio —absolutamente justificado— contra los muchachos, que suspiran con saciar, convenientemente, algún día. Veamos unos cuantos:

«El cochero, que conocía muy bien a los Proscritos, los vigiló por el rabillo del ojo al pasar y

**POR AQUI A LA
 MANO ZANGRIENTA**



Thomas
Lenny

Tía Emilia miró a su
alrededor...



Las fuentes de dulces, pasteles, flanes y otras golosinas estaban
vacías.

preparó su látigo. El anciano cuadrúpedo que tiraba del armatoste parecía conocerlos también y volvió la cabeza para mirarlos sardónicamente» o el labrador Jenks al que «Unas palabras le bastaron para reconocer en los culpables a sus antiguos enemigos los Proscritos, como invasores de su dominio y ladrones de su burro. Y el labrador Jenks se enfureció».

Esta pertinaz hostilidad es compartida indefectiblemente por su maestro; el pastor y la mujer del pastor anglicano; la mayor parte de las damas de buena sociedad y, desde luego, por el gremio completo de encargadas de la casa: cocineras y doncellas, son, sin duda, sus peores y más encarnizados enemigos.

No sería, sin embargo, justo culpar a los que mantienen encendido el fuego sagrado de su odio contra los Proscritos. Las botas siempre llenas de barro, sus frecuentes distracciones de alimentos —postres— trabajosamente preparados, sus persistentes llamadas a timbres de manera escandalosa, sus estridentes silbidos, su sana costumbre de llevar insectos, ratones y culebras que se escapan a la hora del té por una sala llena de damas de mediana edad, etc., son algunos ingredientes que alimentan la planeada dulce venganza de sus convecinos.

Pero, los más peligrosos, sin duda, son sus propias familias. No conocemos mucho de la de Douglas y de la de Enrique; sólo sabemos

que hay una hermanita menor a la que despoja, con frecuencia, de sus juguetes, siendo respondido inmediatamente con terribles alaridos. Los padres de Pelirrojo responden al tremendo apellido de Flowerdew. Los tres tienen, eso sí es notorio, padres muy duros, aunque ya casi resignados a no lograr jamás que sus retoños menores entren en la senda de la cortesía y las buenas maneras. Sin reconocerlo, están muy próximos a morder el polvo de la derrota.

En cambio, conocemos muy bien a los padres de Guillermo. El señor Brown ronda la heroicidad de una particular manera llena de sarcasmo y amargura. Sabe que Guillermo es indomeñable, pero, con ejemplar espíritu, sigue castigando sus tremendas travesuras. Es una ascética labor similar a hacer un agujero en las aguas o limpiar las rocas marinas. Conoce bien a su hijo: «El padre de Guillermo que jamás se había dejado engañar por las expresiones de inocencia y de asombro de su hijo...». Por otro lado disfruta bastante con su presencia:

—¿Sientes, querido, que no se vaya Guillermo a un internado?

—No lo siento.

—Yo hubiese creído que habrías estado mucho más tranquilo sin él.

—Sin duda; pero también hubiese estado extremadamente aburrido».

Por el contrario, su madre, la señora Brown, tiene una inmensa reserva de esperanza con respecto al comportamiento de su hijo que, indefectiblemente, se ve defraudada. Mil veces mil, ha tenido que contemplar a su hijo menor, usurpar interpretaciones en el teatro del pueblo y dejarle en ridículo hasta más allá de los límites que honradamente puede sopor-

¿HA PROVADO USTED
LOS DULCES DE KOKO
DE MOSS?



Los Proscritos los contemplaron, sombríos.



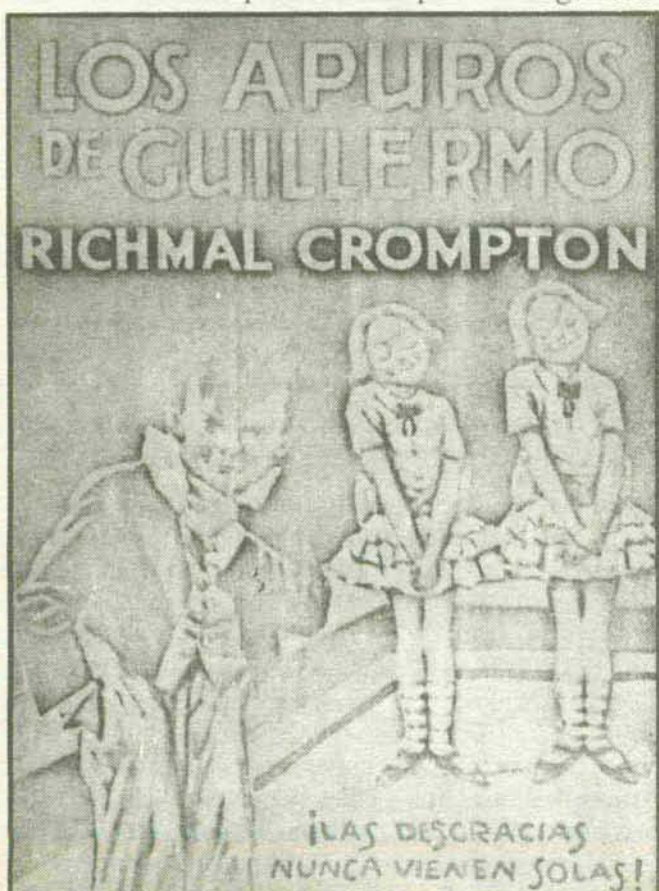
Se abalanzó sobre el petrificado Cutberto.



Guillermo vio el rostro grueso y pálido de su enemigo.

tar una buena madre. Guillermo, que olvida siempre su papel, fue un peculiar lobo de Capercita que acabó tirando mermelada y harina contra el leñador que salva a la doncella; fue reina de las hadas de las flores con todo el desgarbo de que fue capaz, que es casi infinito, y ha creado líos tan enormes entre las amigas de su madre que es curioso que aún exista un miembro femenino de la comunidad que dirija la palabra a ésta.

Como mujer tenaz, la señora Brown ha entrado en el mundo de la metafísica y el curanderismo cuando piensa en la posible regenera-



ción de su retoño: «Tenía la vaga idea de que, una vez entraba un niño de interno en una escuela, se efectuaba en él un cambio misterioso que le transformaba de salvaje en perfecto caballero y le hubiese gustado ver operarse un cambio así en Guillermo».

Al final, las cosas son muy distintas: «Ya sabía yo lo que iba a ocurrir —la madre de Guillermo siempre decía que ya sabía lo que iba a ocurrir, una vez había ocurrido la cosa—, ya sabía yo que si le dejaba a Guillermo venir a ayudarme, todo iría mal. Siempre ocurre lo mismo. Eso de vender los abrigos de la gente, robarlos y conseguir que asistiera a la fiesta esta terrible mujer que habíamos jurado no invitar más, y eso de impedir que hablara el diputado cuando se había pasado la mar de tiempo preparando el discurso, y eso de echarlo a perder todo... bueno: si alguien me hubiese dicho de antemano que un muchacho del tamaño de Guillermo podía echar a perder una tarde de esa manera, jamás lo hubiera creído».

Pero olvida pronto y cada vez vuelve a confiar en las protestas de inocencia de su hijo. El único rescoldo de duda es su sempiterna pregunta: «¿Te portarás bien, querido, no es cierto? ¿No harás... ah... ninguna travesura?».

Roberto y Ethel, los dos hermanos mayores de Guillermo, mantienen desiguales relaciones con él, prediminando, desde luego, las hostilidades. Roberto desconfía permanentemente y su defensa —falta de toda altura táctica, hay que decirlo— es la de la fuerza bruta, que sus

POR AQUI A LA MANO ZANGRIENTA



—¿I vaiz a hacer un periódico como ez debido, alguien tiene que «hacer» un crimen.

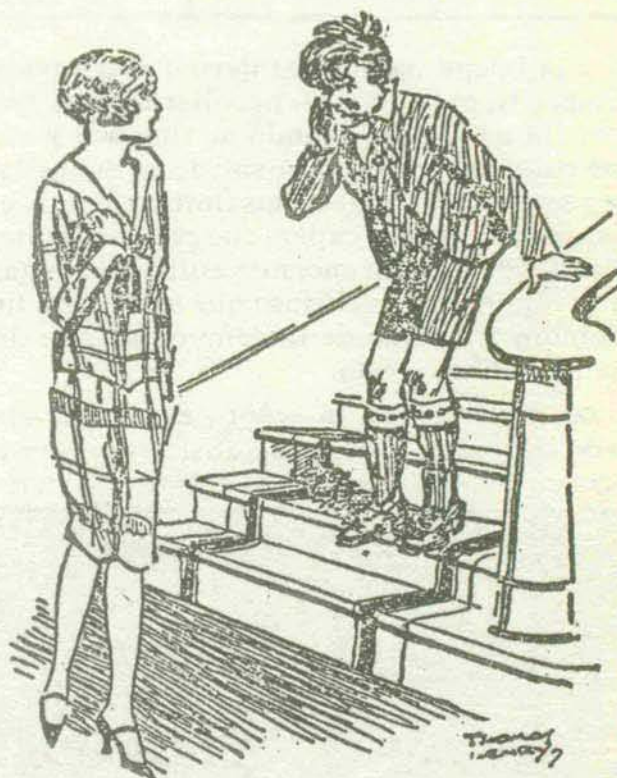


Guillermo observaba a su hermano, mientras éste leía poesías enfundado en la chaqueta de terciopelo de Ethel



Los mellizos se pelearon por coger el jarro.

diecinueve años, contra los once de Guillermo, asegura su efectividad. Roberto está siempre enamorado y siempre ha conocido «la muchacha más bonita que ha visto en su vida»; estas preocupaciones amorosas son compartidas por el minucioso cuidado en escoger pantalones y corbatas, así como alguna que otra veleidad intelectual y hasta política. Ni que decir tiene que Guillermo le ridiculiza ante sus conquistas, hundiendo para siempre sus esperanzas de unir su vida a la «muchacha más maravillosa, etc.». Son frecuentes el hecho de que una corbata sirva para un uso totalmente distinto al primitivo y, desde luego, destructor. Más de una corbata verde ha terminado en



—No te preocupes, Ethel —susurró roncamente Guillermo—. Yo te ayudaré.

ser señuelo de una cabra o una encarnada, distintivo del Gran Jefe Piel Roja.

A Ethel le fluctúan los sentimientos. Por lo general, procura tener a raya a su hermano que gusta, también, de utilizar chales, pañuelos y sombreros en la confección de disfraces. Pero, al mismo tiempo, como a la mayor parte de las mujeres, le gusta el componente de valor temerario y el sentido de la aventura que hay en su hermano, al que, en muchas ocasiones, apoya. Es necesario advertir que Ethel es una de las chicas más guapas de su pueblo, circunstancia que, si bien es considerada por Guillermo con profundo desdén, no ocurre lo mismo con otros personajes. Es el caso del



—¿Cómo es su niño? —preguntó la vecina de la señora Brown—.
No creo haberle visto nunca.



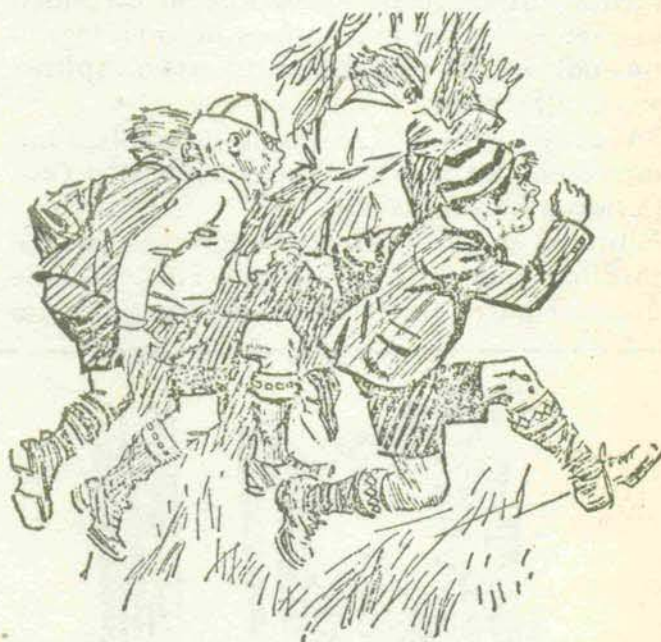
—No me toca hablar a mí —replicó Guillermo, mirando con altivez al Hada Campánula.

señor Salomón, superintendente de la escuela dominical, al que el pelo rojo y los ojos azules de Ethel estuvieron a punto de causarle su ruina. De ella opina Guillermo que «hablando en general, aherrojaba innecesariamente su espíritu libre pero se veía obligado a confesar, en justicia, que había veces que resultaba útil».

Finalmente está «Jumble», el mejor amigo de Guillermo después de sus queridos Proscritos. «Jumble» es su perro de raza indefinida que es descrito, con escasa piedad, como un animal que «parecía haber tenido por antepasados una oveja, un gato y un mono». Las aventuras pasadas juntos son innumerables. El niño cree que su perro es el mejor cazador del mundo y, sin duda, el más valiente de cuantos representantes de la raza canina existen. Sus paseos por el bosque van salpicados de constantes: «¡Por allí, «Jumble»! «Vamos, atrápalo» y «Ya es tuyo. Cógelo ahora». Los lectores sabemos que «Jumbe» jamás ha cazado un mísero gaxapo y que siente un respeto más que regular por las ratas, pero, en cambio, al igual que su amo, sabe representar su papel a las mil maravillas y finge valor temerario a base de furiosos ladridos, precisamente cuando no hay enemigo por los alrededores al que demostrarlo.

LA DIALECTICA DE GUILLERMO

Nuestro héroe no sería nada si su prestigio se cimentara sólo en su valor y en su fuerza física. No. Nada más lejos de la realidad, Antes que



El ver los ojos bizcos y la nariz ganchuda fue demasiado para los proscritos.

nada es en las dotes dialécticas donde Guillermo brinda en todo su esplendor. En este campo domina todos los registros. Es un maestro en el arte de describir; sabe, como nadie, despertar la atención de su auditorio y maneja el «suspense» hasta el infarto; no le falta su punto de grandilocuencia y hasta de demagogia. Como su compatriota Shakes-

**POR AQUI A LA
MANO ZANGRIENTA**



Guillermo examinó el efecto en el espejo.



Guillermo ofrecía un aspecto imponente



Pero Guillermo siguió adelante por el barro.

peare su estilo «is bombastic», un poco hinchado y vacuo, pero siempre eficaz.

Recordemos, por ejemplo, el día que decide ser arqueólogo de ruinas romanas. Previamente, los Proscritos y él mismo esconden unos cuantos objetos comunes, después logran un auditorio y Guillermo comienza a explicar sus «hallazgos»:

«A las seis en punto se reunió un público numeroso en torno a las "excavaciones" y Guillermo inició el trabajo.

Pelirrojo empezó desenterrando una lata de sardinas que entregó a Guillermo. Este le quitó el barro con su pañuelo; luego fingió

examinarla con atención. Esta pantomima había ganado enormemente en fuerza dramática desde la vez anterior. Se caló unas gafas azules que el médico había ordenado a la madre de Pelirrojo que usase en cierta ocasión y de las que el hijo se había apropiado. Guillermo se acercó la lata de sardinas a las gafas, lanzando exclamaciones de interés y de sorpresa a medida que la examinaba. Los espectadores le contemplaban con el aliento contenido.

—¡Hombre! —exclamó, por fin—. ¡Si ésta es la lata en que el lobo romano bebía...!

—¿Qué lobo? —preguntó un chico pequeño.



Sam, Alberto y Leopoldo le aguardaban en el jardín.



—¡Guillermo! ¿Quiénes son esos muchachos?



Violeta Isabel destapó la caja, pero la culebra ya no dormía.



El señor Bott se refugió sobre el piano de cola...

Guillermo le miró horrorizado, a través de las gafas.

—¿Es posible —exclamó— que nunca hayas oído hablar del lobo romano que mamó a Romo y Remo?

Podemos aprovechar aquí la ocasión para decir que lo único que sabía Guillermo del asunto era lo que había leído, apresuradamente, en su Historia Romana Ilustrada, a la hora del te.

—¿Quiénes eran esos? —inquirió testarudo el ignorante pequeño.

—¡Cielos! —exclamó Guillermo, en tono que expresaba horror y sorpresa ante la revelación



—¿Qué ocurre, Roberto? —preguntó la joven riendo—. ¿Quiénes son?

de tan profunda ignorancia—. ¡Mira que no conocer a Romo y Remo! Romo y Remo eran... pues eran... pues dos romanos. Y salieron de paseo por el bosque y se encontraron un lobo, y... les mamó.

—¿Por qué les mamó? —preguntó el pequeño.

—¡Los lobos no maman a nadie! —intercaló uno de los espectadores de primera fila—. Estás pensando en los osos, que abrazan a la gente.

—No, señor —contestó combativo el excavador—. ¿Te has encontrado tú, alguna vez, con un lobo romano?

El muchacho tuvo que confesar que jamás había tenido tal gusto.

—Pues, entonces, ¿cómo sabes tú lo que acostumbran a hacer? Te digo que todos los lobos romanos mamaban a la gente. Lo dice el libro. Es como cuando los perros lamen a las personas para demostrar que están contentos. Bueno, pues esta lata es la lata en que bebía el lobo que mamó a Romo y Remo...».

Esta obra maestra, este monumento a la persuasión en difíciles condiciones, no es, como podría pensarse, una pieza única en la azarosa vida del muchacho. Educado en el duro yunque de una familia incrédula por amargas experiencias, el joven Guillermo desconoce cualquier escollo a la marcha triunfal de su propia elocuencia. Podríamos narrar, una tras otra, las representaciones de figuras de cera

POR AQUI A LA MANO ZANGRIENTA

«al natural y como si estuvieran vivas» dadas por Guillermo y sus Proscritos y explicadas «ad hoc» por el primero. Pero eso sería alargar demasiado la historia.

DAMISELAS ANGELICALES

No hay muchas mujeres en la vida de Guillermo. Los grandes jefes guerreros no suelen entretener sus ocios en la dulce entrega del amor. No obstante y a pesar de lo que se ha dicho sobre la total ausencia de elemento femenino en su vida, el vacío en cuestión es bastante menor de lo que pudiera pensarse. Hay dos jovencísimas aspirantes a los favores de Guillermo: ambas son un poco las dos caras de la moneda.

Empecemos por Joan, la pequeña vecina de Guillermo, su eterna adoradora. La verdad es que la escritora Richmal Crompton, puntual cronista de las aventuras de Guillermo, no recuerda con exactitud (o titubea en su definición) lo que concierne a esta pequeña. Unas veces Joan aparece en su casa, limpia y bonita, admirando eternamente la vida aventurera de los Proscritos, pero sin osar tomar parte de la misma, y otras, dice la historia, textualmente: «Joan era el único miembro femenino de los Proscritos. Aun cuando no les acompaña en sus aventuras más osadas y peligrosas, era su mayor simpatizante y su persona de confianza



Se sentó, con Dorita, encima de la tapia del jardín...



La señora y el caballero le dirigieron miradas aplastantes.

y siempre se podía contar con su ayuda para enfrentarse con el mundo hostil e incomprensivo. Era pequeña y morena, y muy bonita y consideraba a Guillermo el héroe más grande que había conocido el mundo». Lo cual viene a indicar que entre una y otra vez, el papel de Joan había ganado bastantes enteros. La intervención más notable de Joan, que es un poco bruja, fue la de convertir a un buen señor en burro, a base de un sencillo conjuro: «Vuélvase en burro, vuélvase en burro, vuélvase en burro, señor brujo». Y, por raro que parezca, un simpático burro hembra, llamado Mary, ocupaba el lugar del hombre, organizándose el lío correspondiente. Por lo demás, Joan es siempre el último bálsamo de las noches amargas de Guillermo; siempre es suya la postrera frase de admiración: «Oh, Guillermo, haces unas cosas más emocionantes!».

Pero mucho más interesante es el segundo personaje femenino: la gran Violeta Isabel. He aquí su aspecto exterior: «Violeta Isabel Bott era una damita de seis años de edad, ceceo, rostro angelical y voluntad de hierro. Cultivaba y usaba para sus fines particulares un chillido que hubiera hecho palidecer de envidia a la sirena de una fábrica y que se garantizaba capaz de reducir a cualquiera que se hallara a diez metros de ella a un estado de prostración nerviosa. No se la había visto fracasar nunca». Además Violeta Isabel es hija de los señores Bott, cuya parte masculina, es decir el señor Bott, era el propietario de las «Salsas Bott», una especie de concentrado cárnico sintético que le había procurado muchos millones. Nuevos ricos de pleno derecho, los papás de Violeta Isabel pasan la vida en busca de una acogedora aristócrata que les incluya en su mundo dorado.

Violeta Isabel, sin embargo, reivindica todos

sus atavismos proletarios y gusta de juntarse con los Proscritos. Estos fingen despreciarla, pero la respetan y la temen. Nunca ha conseguido Guillermo alejarla y siempre recuerda, con horror y un poco de grave respeto, su famoso chillido. Ella por su parte, cuando se ve amenazada, suelta su último e infalible recurso: «Chillaré, chillaré y chillaré», dice, y casi todas las dificultades quedan allanadas. Una anécdota da idea de su forma de ser: ayuda a los Proscritos a hacer un periódico; ella, modestamente, se hace cargo de las palabras cruzadas. Su crucigrama es el siguiente: «1 vertical: lo que cierro y abro. 1 horizontal: lo que zoy». Solución: «1 vertical: ojo. 1 horizontal: ija».

También Violeta Isabel quiere a Guillermo y le admira lo mismo que al resto de los Proscritos, pero no se achica jamás ante ellos. Es capaz de cualquier cosa y tiene un valor temerario que no retrocede ante nada. Sus intervenciones suelen tener un colofón, estropeando el té de su madre y, en consecuencia, las aspiraciones de ésta a entrar en sociedad. Violeta Isabel es no sólo una digna discípula de Guillermo, sino que, en ocasiones, su audacia y repentización sobrepasan a la del propio maestro. Violeta Isabel, es probablemente el mejor personaje de la obra, sólo igualado por el gran Guillermo.

LOS BUENOS SENTIMIENTOS

Guillermo vive en un mundo caballeresco. Antes que cualquier otra cosa, el joven William es defensor de doncellas, patriota hasta la muerte y amigo de sus amigos. Su actividad tiene mucho de quijotesca, porque también tiene el deber de sacar adelante los problemas de un mundo que no suele jugar con los mismos valores que emplea. Para él, por ejemplo, puede ser un acto justo entregar a un desconocido los cubiertos de plata de su casa, por el solo hecho de que aquél no tiene orejas y parece haber sufrido mucho. Luego, está a punto de costarle un disgusto el hecho terrible de haber ayudado a un ladrón profesional.

A veces hace favores a personas agradables. Una vez una atribulada damita yanqui llega a su pueblo. Ha sufrido un despiste y está buscando Stratford-on-Avon, patria chica de Shakespeare. Preguntado Guillermo contesta, sin rubor, que es su propio pueblo y que él mismo, Guillermo, es un descendiente de la familia del gran bardo. Emoción de la joven y guapa turista; emoción de Guillermo ante una **nueva aventura** y, al final, todos contentos: ella volverá a los Estados Unidos con muchas cosas que contar y Guillermo se aleja son-



El señor obeso le interrumpió,

riente con una hermosa propina en el bolsillo. En otra ocasión es una bondadosa pariente aficionada a lo oculto que desea tener una aparición de ultratumba; ni que decir tiene que Guillermo disfrazado con una sábana y declinando el «hic, haec, hoc», a falta de lenguaje fantasmal de mejor factura, le proporciona este inefable gozo a la anciana señora.

Menos bien recibido es su intento de salvar a Ethel de una boda con un pretendiente viejo y rico, a lo que cree le están obligando sus padres. En realidad es sólo una novela rosa que su guapa hermana lee en voz alta. La actuación del muchacho y sus amigos es drástica y revestida de gran severidad: un maduro caballero, amigo de su padre y visitante eventual por cuestión de negocios, es conducido por caminos equivocados, trochas sin salida, praderas llenas de vacas (que le aterrorizan al buen señor de ciudad), etc., con la esperanza de que no llegue jamás a casa de los Brown, donde los niños suponen que espera una atribulada Ethel para ser malcasada.

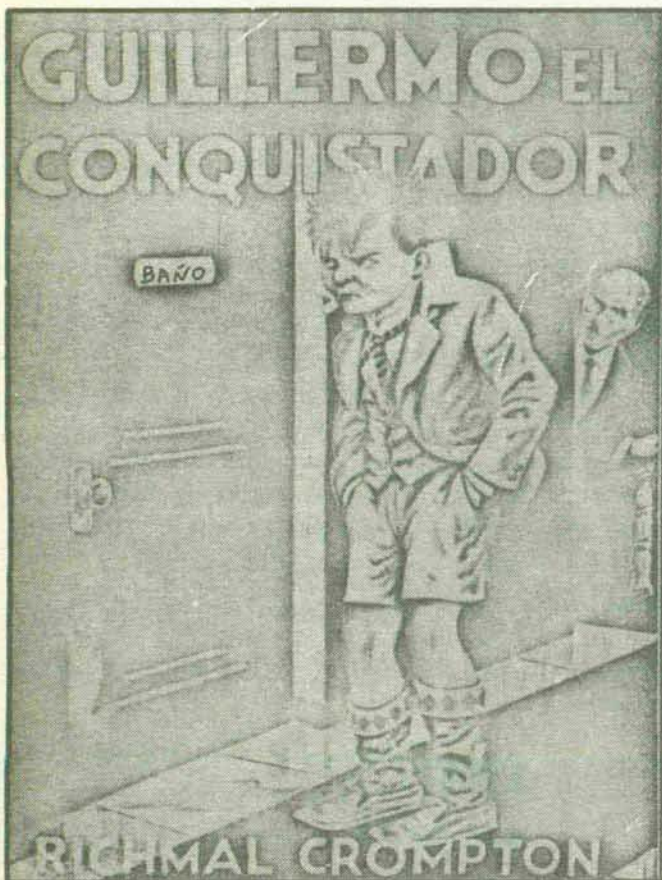
Las buenas intenciones, recibidas con hostilidad por el extravagante mundo de los adultos, provoca grandes e indignadas parrafadas del niño:

**POR AQUI A LA
MANO ZANGRIENTA**

«—Es inútil explicárselo. No le hacen a uno caso. Hablan como si hubiéramos tenido la intención de romper todas esas cosas de cristal... Se lo dije así a ellos; pero no quisieron hacerme caso. Casi tiene gracia —acabó diciendo con amargura— eso de que nos echen a nosotros la culpa de todo... Me quitaron el arco y las flechas y la escopeta y el dinero y todo, como si no hubiésemos estado intentando hacer un bien».

En otras dos importantes ocasiones hubieron de ponerse a prueba la buena voluntad de Guillermo. Una es la lucha contra los «bolcheviques» que, según era usual en la propaganda de los años treinta, recorrían la tranquila Inglaterra poniendo bombas y dedicándose concienzudamente al terrorismo. La otra, fue durante los años de la guerra y sus simulacros de defensa civil.

Las alusiones a los bolcheviques y su pretendida actividad terrorista son frecuentísimas en las aventuras de los muchachos. Es obligado hacer un paréntesis para detenernos un momento en esta notable característica de Richmal Crompton: la de ironizar, a veces con duro sarcasmo, sobre esta tendencia reaccionaria que se manifestaba a base de relatos populares llenos de buenos ingleses y malvados comunistas y, sobre todo, a través de las habladoras, convenientemente iniciadas, de ciertas



—Un gigante auténtico. ¡Miradle! Tan alto como dos de vosotros juntos.

personas. La autora de Guillermo, cumplió, una vez más, con su honrosa labor de tomar el pelo a la historia colectiva que sus compatriotas iban padeciendo.

«—Yo creo que es una especie de bolchevique que va a volar el mundo entero— dijo Douglas, sintiéndose inspirado».

Una y otra vez, los proscritos van descubriendo bolcheviques en honradas personas que no tienen más problema que ser físicamente poco agraciados o llevar vestimentas poco usuales. Se da el caso de que las novelas baratas que los Proscritos leen, están repletas de malvados rusos que tratan de raptar jovencitas y destruir el Parlamento. Ni que decir tiene que las aventuras de la caza de bolcheviques acaban siempre con amargas recriminaciones de todos ante la obsesión de los niños, que ellos mismos se habían encargado de fomentar.

Guillermo también pasó por la guerra. Un tomo completo de sus aventuras se refiere a ello. Un militar retirado, el general Moulton, que vive en el pueblo, es el encargado de entrenar a los niños para la defensa civil, uno de los más ridículos y estériles asuntos a que se dedicó la población civil británica en los años malos de la contienda. Claro está que sólo se trataba de mantener alta la moral patriótica de la gente en tiempos de penuria económica y familiares muertos en el frente, pero, al final, se creó una psicosis inquisitorial, en la que todo el mundo creía descubrir un espía alemán en su vecino más próximo. También aquí la Crompton reparte sentido del humor sobre el tema: Gui-

lermo, Violeta Isabel y el resto de los Proscritos se encargan de distorsionar y poner en evidencia tamaña bobería.

NI DULCE NI VIEJECITA

Richmal Crompton, la autora de Guillermo, había sido totalmente «devorada» por su personaje: nada se conocía de su vida, aparte de lo que había escrito. De repente, fallece en 1969 y el mundo se entera, con sorpresa, que era una dulce viejecita, hija de un pastor protestante que vivía en su casa de Kent, dedicada a escribir sus libros infantiles.

Tal noticia dio lugar a una leyenda muy atractiva, pero, probablemente, bastante poco exacta. Sería aquélla la de una buena anciana con lentes en la punta de la nariz, vestimenta anticuada y costumbres tradicionales. Casi un personaje de los que tantas veces aparecen en sus relatos.

La verdad fue seguramente bastante diferente. Porque Richmal Crompton fue profesora de autores clásicos entre 1914 y 1924, y sólo abandonó la enseñanza al enfermar de poliomielitis. Por lo demás, no era ninguna anciana cuando creó el personaje de Guillermo, ya que el primer libro sobre el muchacho está fechado en 1924, cuando su autora contaba solamente 34 años de edad. Yo no sé si en los últimos tiempos, su aspecto físico respondería al de la leyenda y gustaría de sentarse cerca del fuego con un mantón sobre los hombros y sus gafas de pinza sobre la nariz, pero sí sé que unos pocos años antes, por las fotos que han quedado, parece una mujer de notable energía y con un aspecto físico que denota fortaleza por los cuatro costados.

Personalmente me gusta bastante más este segundo modelo de persona, aunque reconozca más literario el primero. A mí me gusta pensar que era una persona fuerte y activa, a pesar de su enfermedad, la que disfrutaba con su alegre contestación de todo lo estúpidamente «respetable». Los pedantes, los vanidosos, los supersticiosos, los histéricos de todas clases; la cultura farragosa y aburrida, los diputados conservadores y un poco caciques, los estrategas de salón..., todos los grandes tipos de esa comedia humana británica, tan llena de respetabilidad dudosa como de soberbia. Esa sociedad pomposa que otra autora inglesa, Bárbara Tuchman, llamó «La torre de orgullo». Richmal Crompton exorcizó a todos estos fantasmas, a través de Guillermo, el ácrata por excelencia, el gran proscrito, jefe de bandidos y salteadores, cruzado y aventurero.

A mí me agrada creer en una mujer de esa clase, que ironiza, al mismo tiempo, sobre la

prepotencia masculina a través de su pequeño héroe. La que le hace contonearse y considerarse un ejemplar único en el mundo. Dice Guillermo: «Vendrán en un tren poco antes de que se abra el bazar. Yo saldré a esperarles y los llevaré al bazar. Dicen que son feroces; pero apuesto a que no intentarán ser feroces conmigo. Apuesto a que soy capaz de manejar cualquier elefante».

Y es que Guillermo cuando se ponía a hablar de sí mismo, era capaz de rendir hasta la voluntad de quien le creó. Entre él y la señora Crompton siempre quedaron los campos marcados y se respetaban a distancia. Precisamente como debe ser.

BIBLIOGRAFIA

Los textos entrecomillados proceden de la traducción castellana de las aventuras de Guillermo, hecha por la Editorial Molino. Esta empresa editora ha lanzado al mercado, hace unos meses, varios de los primeros tomos con los dibujos originales de Thomas Henry y la magnífica traducción de Guillermo López Hipkiss. Es de esperar que siga en esta línea y reedite el resto.

Con un criterio totalmente personal, voy a citar los libros que me parecen más brillantes sin que esto signifique menosprecio para el resto: «Travesuras de Guillermo», «Los apuros de Guillermo», «Guillermo, el proscrito», «Guillermo el incomprendido», «Guillermo el conquistador», «Guillermo el genial», «Guillermo en días felices», «Guillermo y los mellizos», «Guillermo el luchador», «Guillermo y la guerra», «Guillermo y el cerdo premiado» y «Guillermo el malo». ■ R. C.

NOTA DE EDITORIAL: Agradecemos a la Editorial Molinos las facilidades dadas para la ilustración de este trabajo.



Richmal Crompton (1890-1969).